

RELATO

EL «JIMMY»

Se marchó. El «Jimmy» se ha ido. Jamás me advirtió de que fuera a hacerlo tan pronto pero, aun así, faltó a la promesa que nunca llegó a hacerme.

Todos sabemos que vamos a morir. Es más, todos sabemos que no envejeceremos junto a aquellos que más amamos... Pero intentamos eludir la idea como si de una vulgar carrera en un par de medias, se tratara. Algo que viene a romper el immaculado retrato de lo perfecto e imperecedero. El «Jimmy» se fue como vivió, sin molestar, el 14 de abril de una centuria recién estrenada y al mismo tiempo que lo hicieran Terenci Moix, Manolo Vázquez Montalbán (tan necesario), Úrculo o Chumi Chúmez, como si una voz invisible les hubiera llamado a todos a un mismo tiempo.

No pude por menos que sentirme como una ameba. Culpable por la cantidad de horas que había dedicado a lo largo de mi vida a cosas que no significaban absolutamente nada para mí: tareas improrrogables de mujer moderna y afanada, amigos que no lo fueron tanto, novios que pedían más de lo que daban, trabajos que

«Desperté cuando una enfermera tuvo la delicadeza de mirarme benéficamente»

no eran sino un modo de pagar la hipoteca, exposiciones que no me percutían las entrañas y películas de serie B –y hasta C y D–. Ocupate de tus cosas, me decía. Tan a rajatabla seguí su consejo de padre que me ocupé de todo, para todo encontré tiempo y cada una de mis cosas tuvo un poco de mí... Menos el «Jimmy». La calidad de mis horas había sido chatarra, ruido, filfa, material cariado de segunda categoría y, sólo el 14 de abril del tercer año del nuevo milenio, lamenté no haber renunciado a tanta basura emocional para haber dotado a nuestros últimos años de algo más de equipaje, un poco más de sentido. El sentido que el «Jimmy» hubiera podido darles... Porque yo ya le había dado por supuesto.

Desperté de golpe cuando una enfermera de pelo lacio y fonendoscopio a modo de estola, procurando evitar la impresión de lo que no tiene sentido, tuvo la deli-

PERFIL DE AUTOR



● Ángeles López (Madrid, 1969). Periodista. Colabora haciendo entrevistas, reportajes y crítica literaria para distintos medios. Es autora de las novelas «Martina, la rosa número trece», «Ve a la alcoba a ver si estoy» y «Apoikía». Su libro «Trastorno Afectivo Bipolar», del que se han vendido siete ediciones hasta el momento, aún distintos géneros. En poesía ha publicado tres títulos: «Isariote», «Congrios y cormoranes» y «Mishima, locura para el mundo».

cadeza de mirarme benéficamente. Miró mi mirada y desconectó mecánicamente la bomba perfumadora del brazo derecho de mi padre. Todo había terminado, ergo, todo era susceptible de empezar. Habían concluido los bucólicos días en que tener padre era como ir por la vida bajo un inmenso paraguas. Por arte de las malas artes de la retórica vital se cerraba el paraguas en seco y me dejaba a la intemperie de la antipática lluvia. Sin una sola roca a la que asirme y con todo el tiempo del mundo para emplearlo en mis tristes cosas. El «Jimmy», la persona más incondicional de mi vida, me había dejado en medio de una habitación compartida de hospital, inundada de un olor a mercurio y txacolí, con los deberes de toda una vida por hacer.

Comenzaba el periodo de mis días menguantes en los que ya no había tanto en qué afanarse y sí mucho en lo que pensar y, más

aún, sobre lo que decidir. Mientras madre, hermano, primo, marido y tío, lloraban el repentino adiós del testigo de lluvias que acababa de dejar de respirar, no tuve más oficio que sentarme a pensar en la secreta fascinación de la muerte para mejor encajar todas las sensaciones que un día pensé que ordenaría en el momento de quedarme huérfana para siempre.

Estaban todas allí: desparramadas sobre la falda que nunca llevo puesta y debía concederlas el lugar que les correspondía en la vitrina de mi arquitectura emocional. No había otro momento. Debía ser allí y en ese preciso instante –festina lente–, donde me puse a ordenar recuerdos que su despedida había dejado desparramados, olores –a espliego y cuero, ¿cómo conseguiría el Jimmy oler siempre a lo mismo–, regalos, libros –mi primer tomo de «Platero y yo»–, músicas compartidas («El Ebro guarda silencio, al pasar por el Pilar; está la virgen dormida, está la virgen dormiiiiidaaaaa, no la quiere despertaaaaaaaar...»), sentencias («yo llevo tres cosechas de adelanto, que no se te olvide nunca...»), dibujos repetidos (¿otra vez un burro con un gitano encima?; ¿qué quieres, hija, a mí en la escuela no me enseñaron más que las cuatro reglas!) para ir pegando cada instantánea en el lugar que correspondía al álbum de mis tres décadas consecutivas.

El «Jimmy», como el Marcial del pasodoble, era el mejor y el más grande. Y no admito evidencias ni concesiones. Adulto de calidad, a diferencia del resto era capaz de ver en un dibujo infantil una boa que se ha tragado un sombrero e imaginar que todas las veletas del mundo son gallos de piel y pluma donde otros no pueden más que ver hojalata. Tal vez se debiera a que el Jimmy era de Toro. Y taxista. Circunstancias, ambas dos, que imprimen carácter. Después de su pueblo sólo visitó el Sahara –el Aiún y Smara, para no faltar a la precisión–; Bilbao, Cullera y Arganda, completaron su terna viajera para terminar con sus huesos en Madrid. Sólo salió del foro conducido por otros, dentro de una urna gris plomo en el dolorido maletero de mi hermano. Camino de convertirse en simiente y carbono humano, en la huerta que fuera de sus padres. Hombre y niño daba talla intermitente como una u otra cosa, según se presentara la ocasión. Como hombre, cuando optó por casarse con una viudita de buen ver que



«El «Jimmy», como el Marcial del pasodoble, era el mejor y el más grande»

«Adulto de calidad, era capaz de ver en un dibujo una boa que se ha tragado un sombrero»

había parido un hijo póstumo de un señor llamado Higinio al que yo mucho le honro y no menos le debo haber nacido. Amó a la viuda y amó como legítimo al hijo de la viuda, mi hermano. ¿Qué hizo? Con todas sus fuerzas se opuso a que nadie jamás notara que el niño no era suyo y le dio calor sin trampas, clima soleado y apellidos de sobra... Como niño, jugó a ser taxista agarrado a un volante hasta conseguir que el Ayuntamiento le diera una licencia en propiedad. La 11.158, su tercer apellido. Al rápido tráfico de Madrid, le dijo: soy taxista y no paró hasta recorrer todos los baches de la ciudad, transportando la impaciencia de la gente. Atascos, prisas, radio, chatos, chascarillos, decenas de charlas arreglando la vida de los pasajeros, fueron conformando la cara de rey Godo que germinaba en su pecho y que terminó por remode-